

## **Discurso de la Dra. María Isabel Rodríguez, rectora de la Universidad de El Salvador, al aceptar el Doctorado en Salud Pública *honoris causa***

San Salvador, 15 de noviembre de 2006

En momentos de mucha trascendencia en nuestras vidas, cuando quisiéramos encontrar las palabras que reflejen la profundidad de lo que deseamos, lo que pensamos y sentimos, es entonces cuando resulta frustrante darnos cuenta que nuestro lenguaje no es suficiente para comunicar a cabalidad eso que queremos decir. Por ello tenemos que limitarnos, como lo hago yo en este momento, al expresar mi profundo agradecimiento al padre José María Tojeira, nuestro querido compañero y amigo, a los miembros de la Junta Directiva de la UCA y a todos los integrantes de esta Casa de estudios, que se han hecho solidarios con esta designación. Eso es lo que hoy hace posible que esta humilde y al mismo tiempo privilegiada trabajadora de la educación y la salud reciba esta honrosa distinción, este alto grado académico de una institución querida y respetada, nacional e internacionalmente, no solo por su calidad académica, sino también por su compromiso con la vida, sobre todo de los seres humanos más necesitados.

Para mí, este no es un grado académico más, representa un alto honor y un compromiso, acrecentado por el contexto en que se me otorga este doctorado. Se trata de la conmemoración del decimoséptimo aniversario de los Mártires del 89, de esos seis distinguidos jesuitas, mártires y ciudadanos del mundo y de dos trabajadoras, sacrificados todos bárbaramente, en esa brutal locura del trágico 16 de noviembre de 1989.

Es prácticamente imposible resumir en unas cuantas palabras la magnitud de esa pérdida en vidas humanas con su riqueza moral, intelectual y emocional. Sus cualidades, trayectoria, su calidad e impacto han sido maravillosamente descritas en muchas publicaciones y no seré yo quien intente resumir discursos y escritos de tanta profundidad como el realizado por el padre Rodolfo Cardenal, en las biografías publicadas por el Centro Monseñor Romero. Los nombres de Ignacio Ellacuría, Ignacio Martín Baró, Segundo Montes Mozo, Armando López Quintana, Juan Ramón Moreno Pardo y Joaquín López y López han quedado grabados en sangre, con devoción y respeto, en la historia de esta Universidad, de este país y por qué no decirlo, en las galerías

# Discurso

de los mártires de la humanidad. Año con año, en la conmemoración de su vil asesinato, nuevas generaciones vienen a engrosar las filas de nacionales y extranjeros que reviven su obra y su presencia, que ha de perdurar para siempre.

Ellos fueron motores de este gran proyecto de Universidad comprometida que no era precisamente el que los padres de familia de colegios privados y otros sectores de la sociedad y el propio gobierno salvadoreño pretendían ver en una nueva universidad. Como los propios documentos de la UCA lo reconocen, todos esos grupos pretendían contribuir a desarrollar una Universidad con capital y acciones, orientadas a satisfacer una educación profesionalizada de una élite, educación que vendría a constituirse en una alternativa ideológica a la Universidad de El Salvador.

Esa es la razón fundamental por la que la Universidad de El Salvador recibió en sus inicios la creación de la UCA como proyecto contra hegemónico y la vio con el consiguiente recelo. No podía ser otra manera, ya que cuando la UCA estaba por nacer, la Universidad de El Salvador venía de sufrir una larga cadena de intervenciones y violaciones a su autonomía, y recién había sufrido el allanamiento de sus instalaciones y los vejámenes de su Rector y de otros funcionarios, en 1962. De allí que es muy importante el análisis de las vidas paralelas de estas dos universidades con muchos puntos en común.

La UCA nace el 15 de septiembre de 1965 y, a diferencia de lo que proponían los primeros promotores, es la Compañía de Jesús quien la dirige y me voy a permitir tomar las palabras de la propia Universidad, porque ellos explican ese cambio respetable y comprometido, que le ha costado enfrentar a su vez graves represalias. En su creación como corporación de utilidad pública con una orientación hacia el desarrollo económico y social, ya se perfilaba el interés en la lucha contra las grandes injusticias sociales.

En la segunda década de su existencia, en el contexto de una seria crisis política del país, empieza la UCA a recibir el impacto de la situación política nacional y sus efectos, en la pérdida de personal y aún el exilio de varios de ellos.

A partir de la intervención militar de la Universidad de El Salvador, en el año 1972, es justo reconocer que muchos universitarios de la UES encontraron una acogida solidaria en la UCA.

Apenas una mención a cuadros claves, en la vida universitaria, como el caso de Ítalo López Vallecillos, que jugó papel fundamental en el desarrollo de las editoriales universitarias de ambas universidades; Mérida Arteaga, en el desarrollo de sus bibliotecas, y luego una larga lista de docentes e investigadores, que en una breve mención me detengo apenas en los nombres de Guillermo Ungo, Héctor Dada Hirezi, Rubén Zamora, Axel Söderberg, Román Mayorga y Raúl Valiente, a la cual se añaden, en 1976, en las nuevas crisis de la Universidad de El Salvador, Fredy Villalta, Mario Cerna, José Menjívar, René Zelaya, Roberto Rivera Campos y en lo más agudo de la crisis de los años de 1980, al regresar de su formación, Bernardo Pohl, Raúl Aguilera Liborio, David Navarro, Eduardo Badía y posiblemente otros más, que escapan a mi memoria, pero que pueden dar una idea de la tre-

menda pérdida que vivió la Universidad de El Salvador y, al mismo tiempo, la apertura de un espacio que impidió que este personal hubiera emigrado al exterior.

No fueron años fáciles para todas las universidades de la región, en cuanto a los efectos de las crisis políticas, nacionales e internacionales. Sin embargo, es justo reconocer que también para muchos países que vivieron las grandes crisis de los años de 1960, sobre todo a partir de los movimientos estudiantiles de México, en octubre de 1968, del mayo francés (1968) y otros, indudablemente, fueron generadores de grandes cambios académicos y modificaciones sustanciales en el desarrollo de universidades comprometidas con el avance en la relación universidad y sociedad, en los avances en materia de interdisciplinariedad y es importante señalar que, a su vez, las grandes crisis políticas, en diferentes países del continente, generaron espacios en otros, favorables a la migración profesional, enriqueciendo así, particularmente, el espacio universitario.

Los gobiernos dictatoriales de la región no pudieron triunfar en esa lucha contra el pensamiento comprometido, pese a que el crimen fue instrumento para destruir liderazgos, en sitios selectivos como las universidades, la Iglesia y las organizaciones sociales comprometidas.

Por eso, quiero aprovechar algunos de los últimos párrafos de esta intervención para rendir un homenaje a todos esos luchadores por la libertad, que entregaron su vida al servicio de nuestras sociedades y pedir en particular a nuestros universitarios docentes, investigadores, estudiantes y trabajadores, reflexionar profundamente sobre el legado de nuestros mártires y así trabajar por merecer el honor de ser universitarios, luchando por una Universidad comprometida con el cambio al servicio de la sociedad.

Al reiterar mis agradecimientos por el honor que se me ha conferido, solo quiero referirme, para terminar, con lo que significa para mí el grado de doctor *honoris causa* en salud pública. Cuando el padre Tojeira me lo comunicó, pensé inmediatamente si en realidad podría ser merecedora de esa distinción. Ello me obligó a una breve revisión de mi trayectoria en el campo de la salud, iniciándome en la medicina, incursionando en la salud colectiva, específicamente en el campo de la salud pública, de la medicina social, de la salud internacional y, ahora, de la salud global, y fue entonces, cuando pude concluir que haber trabajado y dado algo en esos campos, se lo debo a todos aquellos compañeros que han hecho posible enriquecer mi pensamiento, que me han estimulado con sus ideas, con sus contribuciones, con su trabajo; en resumen, con su solidaria asociación, con su amistad y su apoyo. Ellos son los verdaderos merecedores de este reconocimiento.

Al retorno de ese peregrinar por los países en donde me ha tocado trabajar, debo agradecer a mi Universidad, la Universidad de El Salvador,

**“Eso es lo que hoy hace posible que esta humilde y al mismo tiempo privilegiada trabajadora de la educación y la salud reciba esta honrosa distinción, este alto grado académico de una institución querida y respetada, nacional e internacionalmente, no solo por su calidad académica, sino también por su compromiso con la vida, sobre todo de los seres humanos más necesitados”.**

haberme acogido en lo más alto de sus posiciones, a donde quise volcar mi experiencia de varias décadas y, posiblemente, no pude lograrlo, pero sigo creyendo que una Universidad comprometida como la nuestra, logrará un día dar la respuesta que su pueblo espera de ella. Por ello mismo, reitero mi agradecimiento a la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”, por honrarme con este grado académico que, como ya señalaba antes, es honor y compromiso.

Quiero concluir suscribiendo las palabras con que cerró su discurso de aceptación del doctorado *honoris causa* que le fue concedido a Eduardo Galeano, en la Universidad de El Salvador.

Este mundo, en este tiempo, las catástrofes dicen ser naturales y las desgracias dicen ser fatalidades del destino. Esta Universidad de la que ahora formo parte no comparte esa manera resignada de ver las cosas, porque cuando las universidades están de veras identificadas con su tierra y con su gente, cuando no flotan en el aire, como si fueran otro planeta, educan para la libertad y no para la impotencia, educan para la dignidad y no para la obediencia. No nos enseñan a aceptar la realidad sino que nos estimulan a cambiar porque el destino [...] el destino es el camino, no hay más destino que el camino, el camino que abrimos nosotros los vivientes, los andantes. La libertad, educar para conquistar y defender la libertad, la libertad que es una puerta, una posibilidad, una responsabilidad y sobre todo una puerta.

Ese es el pecado que han cometido nuestras universidades y espero que lo sigamos cometiendo. Ese es el pecado que ha permitido que la salud pública, vista en su forma integral, apoyada por un gran universitario de la UCA, Jon de Cortina, produjera uno de los mejores proyectos en ese campo de la salud: Guarjila, un símbolo de la salud pública en El Salvador.

Gracias de nuevo padre Tojeira y miembros de esta Universidad.

“Hacia la libertad por la cultura”.

San Salvador, 15 de noviembre de 2006.